

que estaba reservado á otras naciones, así en la edad-media como en los tiempos modernos, el recoger el granado fruto de aquel arte, cuya riqueza é importancia histórica dejamos reconocidas. Los nombres de Gotfrido de Strasbourg, poeta sentimental y religioso por excelencia, y de Wolfram d'Eschenbach, cantor elocuente y erudito, tienen señalado lugar en la historia de las letras alemanas <sup>1</sup>: el caballero Boyardo y el esclarecido Ariosto dotan á la poesía, ennoblecida por el Dante, de no pereceros monumentos <sup>2</sup>: Cervantes, el inflexible perseguidor de los *libros de caballerías*, sublima la literatura castellana con la inmortal creación del *Quijote*.

Lejano del suelo de la España Central, distante de la esfera en que se habia formado el carácter español y en que habia florecido su heroísmo, no puede causarnos maravilla que no se reflejara en la vida real, interpretada por los cantos populares, ni dominase en la esfera de la erudición, espejo indirecto, pero fiel, de la actualidad histórica de Castilla, el arte que produce esos multiplicados monumentos. Y no porque dejaran de ser conocidos de los poetas castellanos y aun de los mismos historiadores: no porque el pueblo español careciese de toda noticia de los hechos positivos y aun fabulosos, sobre que se habia levantado parte muy principal de aquel grandioso edificio; sino porque á pesar de los juglares propios ó extraños que propalaban entre el vulgo algunas aventuras de Carlo-Magno y de los suyos, asociadas directa ó indirectamente á las proezas del héroe popular Bernardo

<sup>1</sup> Gotfrido enriqueció la literatura alemana con la historia de *Tristan y de Isolda*, á que dió un interés altamente elegiaco: Wolfram, el príncipe de los *minnesinger*, aclimató en ella con el *Titarel* y el *Perceval*, la maravillosa fábula del *Santo Graal*, levantándola á las esferas de la verdadera poesía. La infancia del hijo de Gamuret, su aparición en el mundo caballeresco y sus primeras empresas son altamente ideales y de originalidad extremada. Recuérdese lo que indicamos sobre este punto, hablando del *Libro del Infante*, debido á don Juan Manuel (II.<sup>a</sup> Parte, cap. XVIII).

<sup>2</sup> El *Orlando Innamorato* y el *Orlando furioso*. No se olvide que antes de llegar á este punto y desde la mitad del siglo XIV habia producido la literatura italiana algunas obras caballerescas, entre las cuales deben citarse *I Reali de Francia*, *Bovo d'Antona*, *La Spagna* y otros, que adelante mencionaremos.

del Carpio <sup>1</sup>: á pesar de que los historiadores y poetas doctos se ufanasen, mostrando serles familiares aquellos libros; y finalmente, á pesar de la singular consagración histórica que habia recibido la crónica de Turpin, al ser declarada por Calixto II relación auténtica de los sucesos que narra [1122], ofendia virtualmente á la nacionalidad ibérica, encaminada sin tregua á los altos fines de la reconquista; todo aquel vano aparato de gigantes y enanos, hadas y genios, dragones y encantadores, habiéndose menester largo espacio para saborear su lectura, y mayor todavía para que el anhelo de la imitación abriese las puertas de la literatura castellana á semejante linaje de ficciones.

Los síntomas de esa tendencia erudita y de esa oposición del sentimiento patriótico que se pagaba sólo de sus propios héroes, cuyo valor y cuyas virtudes acrisolaban é idealizaban al par los conflictos de una guerra dos veces santa, aparecen sin embargo con extremada claridad en las producciones de la poesía y de la historia, descubriendo con no menor exactitud que iba la literatura caballerescas haciendo paulatinos, bien que seguros progresos, en la estimación de los eruditos. Documentos irrecusables de esta verdad hallamos desde los primeros días del siglo XIII: Gonzalo de Berceo en la *Vida de San Millán* compara, y aun antepone, el valor del rey don Ramiro, vencedor de Clavijo, á

<sup>1</sup> Repárese bien en esta relación de los cantos de los juglares que mencionaban á Carlo-Magno y de los que enaltecían la indomable bravura de Bernardo. Como insinúa el docto Wolf en su erudita *Introducción á la Primavera y Flor de Romances*, que dió años atrás á la estampa (Berlin 1856), los vestigios de los primitivos romances del héroe de Roncesvalles, que más se conforman con las tradiciones carlowingias, muestran que al paso que no eran estas desconocidas, necesitaban subordinarse al interés nacional para ser algún tanto estimadas. De aquí provino el que estos cantos se figurasen á Bernardo de la estirpe privilegiada de Carlos, haciéndole primo de don Bueso, é ingiriéndolo por tanto en la familia de los Doce Pares. Así el héroe español, igual por la sangre á los del ciclo carlowingio y excediéndoles en el valor, lograba sin igual estima entre la muchedumbre, que se enorgullecía con su memoria; así también, sobrepuesto al interés de la leyenda el interés de la actualidad poética de Castilla, eran dominados los elementos de la literatura caballerescas por la grande representación histórica de los caudillos cristianos.

la bravura de Roldan y de Oliveros <sup>1</sup>: Juan Lorenzo Segura arma al jóven Alejandro de encantado acero, vistiéndole una camisa, fadada con la doble virtud de rechazar toda traicion é in-temperancia amorosa <sup>2</sup>: el autor del *Poema de Ferran Gonzalvez* sublima el esfuerzo de este caudillo, asemejándole á Cárlo-Magno y Roldan, Oliveros y Reinaldo, Teryn y don Ogiero, Baldovinos y Guardabuey <sup>3</sup>: don Rodrigo Ximenez de Rada, aunque desechando las conquistas fabulosas del emperador referido, consigna la famosa rota de Roncesvalles, sin olvidar al hazñoso Rolando <sup>4</sup>: el Rey Sabio enlaza á su *Grande et General Estoria* la muy renombrada de *Bruto* é ingiere en la *de Espanna* las romancescas aventuras de *Mayneto y Galiana*, y no desecha la historia del *rey Marsilio*, atribuyendo á todas cierta importan-

1 Berceo dice:

412 El rey don Remiro, | un noble caballero,  
Que nol vezrien d'esfuerço | Roldan, nin Olivero.

2 Juan Lorenzo Segura escribe:

89 Feçieron la camisa | duas fadas enna mar,  
Diéronic dos bondades | por bien las acabar:  
Quiquier que la vestiese | fuesse siempre leial,  
Et nunqua lo podiesse | la luxuria temptar.  
90 Fizo la otra fada | tercera el brial:  
Quando la ouo fecho, | dióse un grant sinal;  
Quiquier que lo vestiesse | fuesse siempre leal;  
Frio nin calentura | nunqual feciesse mal.

3 Hablando Fernan Gonzalez de la perseverancia y abnegacion del verdadero héroe, observa:

551 Cárlos et Baldobinos, | Roldan et don Ojero,  
Teryn et Gualdabuey | et Bernald et Olivero,  
Torpyn et don Rinaldos | et el gascon Angiero,  
Ector et Salamon | et el otro su companero.  
332 Estos et otros muchos | que vos é nombrados  
Sy tan buenos non fueran, | oy serien olvidades:  
Serán los buenos fechos | fasta la fin contados, etc.

4 Lib. IV, cap. X. *De Rebus Hispaniae gestis*. Respecto de las conquistas de Cárlo Magno dice en el mismo capítulo: «Nonnulli, histrionum fabulis inhaerentes, ferunt Carolum civitates plurimas, castra et oppida in Hispaniis acquisisse». Se ve que al mediar el siglo XIII iban cundiendo aun entre el vulgo las ficciones caballerescas.

cia, no concedida antes á la de Cárlo Magno por el arzobispo don Rodrigo <sup>1</sup>: los traductores de la *Conquista de Ultramar*, sobre transferir la historia de *Flores y Blanca Flor*, y la no menos interesante de *Mayneto y de sus pérfidos hermanos*, reproducen casi integra la del *Caballero del Cisne*, manifestando asi que ya al terminar la expresada centuria, no sólo eran conocidos de nuestros eruditos los libros de los cielos *Breton* y *Carlwingio*, sino tambien los poemas que tenian por asunto otro género de ficciones <sup>2</sup>. Y no son menos fehacientes los testimonios que nos ofrecen las obras del siglo XIV: el Archipreste de Hita pondera los amores de los clérigos de Talavera, diciendo que les eran sus amigas más fieles que Blanca Flor á Flores y á Isolda Tristan <sup>3</sup>: el ingenioso y pintoresco Ramon de Muntaner iguala el denuedo

1 *Estoria de Espanna*, III.ª Parte, caps. V y X de la edicion de Ocampo. En la *Grande et general Estoria* se extractan de la referida crónica de Monmouth, á que da el rey el título de *Estoria de las Bretañas*, todas las proezas atribuidas al hijo de Silvio, no olvidadas tampoco las historias de Corineo y Loctrino, de doña Guendolonea y Mandan, Porex y Flerex, Belmo y Brenio etc. (II.ª Parte, fól. 323, III.ª, fól. 98, IV.ª, fól. 112 de los códices Y: j. 7, 9 y 11 de la Bibl. del Escor).

2 El poema del *Caballero del Cisne*, de que se hubo de sacar la referida historia, lleva por título *Le Chevalier au Cygne et Godeffroid de Bouillon*, y ha sido impreso en Bruselas [1854] por Mr. le Baron de Reiffenberg y Mr. A. Borgnet. Fué comenzado por cierto poeta llamado Renax ó Renault y terminado por Gaudon de Douay; y decimos que este poema debió servir al autor castellano de la *Crónica de Ultramar*, porque hasta el siglo XIV no fué traducido en prosa. Y aunque el erudito Ticknor opina que habiendo acabado Douay todo el poema en 1300, era posible que los capítulos del *Caballero del Cisne* se ingiriesen, al imprimirse la *Gran Conquista*, no es en nuestro juicio obstáculo la referida fecha; pues que al componerse en la última década del siglo XIII la obra española bajo los auspicios de don Sancho IV, habia ya escrito Renault la parte principal del mencionado poema, que es en suma la extractada en la *Crónica ó Gran Conquista*. Ticknor tropieza en esta dificultad, por haber atribuido dicha obra al Rey Sabio (Véase el cap. XIII de la II.ª Parte).

3 Dice el Archipreste, en boca del Tesorero de Talavera, hablando de su amiga-Teresa:

1673 .....Nunca fué tan leal | Blanca Flor á Flores,  
Nin es agora Tristan | á todos sus amores.

de don Fernando de Aragon al coraje del conde de Anglería, recuerda las fiestas caballerescas de la corte del rey Artús, al narrar el celebrado torneo de Figueras, en que desplegó Alfonso IV extraordinaria magnificencia y alude en diversas ocasiones á las aventuras de Gofredo y Brunesinde, Ginebra y Lanzarote del Lago <sup>1</sup>: el casi popular Rodrigo Yañez en su *Poema de Alfonso XI*, dominado del espíritu que iba cundiendo en sus días y que hemos visto ya tomar grande incremento con la *Crónica Troyana*, traída al castellano y al gallego, para educacion de don Pedro de Castilla, paga en fin más cumplido tributo á esta influencia extraña, valiéndose de la fama de Merlin para profetizar la muerte de don Juan el Tuerto y el maravilloso triunfo del Salado y comparando el valor del rey castellano al esfuerzo del celebrado Pepino <sup>2</sup>.

1 Caps. 147 y 161 de la *Crónica*. Mr. Fauriel alega otras citas en el t. III, págs. 95 y 98 de su *Histoire de la poésie provençale*.

2 La profecía relativa al fracaso del infante don Juan, acaecido en Toro, á que el sabidor Merlin llama *Fuente del vino*: se halla narrado aquel atentado al principio de lo que existe de la *Historia en coplas redondillas*, analizada en el capítulo XXI de la II.<sup>a</sup> Parte, I. Subciclo.

Dice así:

Aquesto dixo Merlin  
El propheta del Oriente:  
Dixo: el leon d'España  
De sangre fará camino;  
(Matará) al lobo de la montaña  
Dentro en la Fuente del vino.  
Non lo quiso más declarar  
Merlin el de gran saber,  
Yo lo quiero apaladinar,  
Como lo puedan entender.  
El leon d'España  
Fué el buen rey çiertamente;  
El lobo de la montaña  
Fué don Johan, el su pariente.  
Et el rrey quando era niño  
Mató á don Johan el Tuerto.  
Toro es la Fuente del vino,  
A dó don Juan fué muerto.

(Fól. 9 vto.)

Más interesante la que se refiere á la victoria de Tarifa, síguese tambien á la narracion de tan memorable batalla. Yañez supone que un sabio

Sensible é indubitable era pues el progreso que hacia en la estimacion de los doctos la narracion de las proezas y aventuras de los caballeros de Cárlo-Magno y del rey Artús, apareciendo todavia más digno de consideracion este fenómeno, al reparar en que habia penetrado el espíritu romancesco hasta en las mismas leyes. El código de las *Siete Partidas*, escrito al mediar el siglo XIII y promulgado en 1548, poniendo de relieve el fin didáctico á que su autor aspiraba, consigna que los caballeros «por

maestro, llamado don Anton, muy amigo de Merlin, obtiene la rebelacion indicada, diciendo:

Este maestro sabidor  
Assi le fué preguntar:  
—Don Merlin, por el mi amor,  
Sepadesme declarar  
La profecía de España  
Que yo querria saber  
Por vos alguna fazaña  
De lo que se á de fazer.

(Fól. 52 r.)

La profecía ocupa treinta y seis redondillas, número igual al de las ya publicadas del expresado poema, y termina con las en que se declara el nombre del autor, segun vimos en el capítulo referido, añadiendo:

Copras de muy buen fablar,  
Segund dijo Merlin;  
Agora quiero contar  
Del rey de Benamarin.

Aludiendo al rey Pepino, dice, al describir la indicada batalla del Salado:

Nin Pepinos, rey de Françia,  
Con la su caballería  
Non fizo mayor matança  
De la que fué aquel día.

(Fól. 51.)

Añtes, testificando de nuevo la fama que todavia gozaba el *Poema de Alexandre*, habia dicho al ponderar la bravura del rey:

De aqueste fincó nesçia  
Africa syn toda falla;  
Alexandre, rrey de Greçia  
Non firió mejor batalla.

(Fól. id.)

»que se esforçasen más, tenien por cosa aguisada que los que  
»ouiessen amigas que las ementasen en las lides, por que  
»les cresciesen más los coraçones et oviessen mayor vergüenza  
»de errar»; y admitida la gerarquía de la órden caballeresca,  
decia al tratar de las honras que le pertenecian de derecho: «Et  
»aun ha otra onra el ques caballero: que despues que lo fuesse,  
»puede llegar á onra de emperador ó de rey, et ante non lo po-  
»drie seer»<sup>1</sup>. No estaba en verdad esta creencia en las costum-  
bres, ni en la constitucion política de los españoles de la recon-  
quista: su historia no presentaba ejemplo alguno de caballero,  
que hubiera subido al sólio por sus merecimientos personales; y  
sin embargo dicha ley era respetada por Alfonso XI, al mediar  
el siglo XIV, edad en que á pesar de las protestas populares que  
alguna vez formula la poesia<sup>2</sup>, sólo esperaba la literatura de los  
Rolandos y Tristanes un momento decisivo para tener repre-  
sentacion, con obras dignas de estima, en la literatura de los  
Cides y Fernan Gonzalez.

Justo parece reparar no obstante en que no carecian de algun  
fundamento en nuestra propia nacionalidad las ideas caballeres-  
cas. Bien que dirigida por el mismo espíritu de la reconquista á  
fin diverso que en extrañas naciones, habia echado ya profundas  
raices en nuestro suelo la institucion de la caballeria. Las Órde-

1 II.<sup>a</sup> Partida, lib. XXI, leyes 22 y 23.

2 El P. Ariz en sus *Grandezas de Avila* inserta los siguientes versos:

Cantan de Olivero | é cantan de Roldan  
E non de Zurraquin | que fué buen barragan;  
Cantan de Roldan | é cantan de Olivero  
E non de Zurraquin | que fué buen caballero.

Estos versos que existen en un antiguo *Cronicon de Avila*, se suponen can-  
tados por los años de 1107; pero sin crítica alguna, bastando para conven-  
cernos de ello el recordar los del *Poema*, escritos médio siglo despues. Aten-  
diendo al espíritu que revelan, no menos que á su estructura y al estado de  
la lengua, los creemos compuestos en época en que el sentimiento de la li-  
teratura caballeresca se habia generalizado hasta el punto de excitar una  
protesta del sentimiento popular á favor de los antiguos héroes nacionales,  
y en este caso dicho se está que sólo pudieron producirse desde la segunda  
mitad del siglo XIV en adelante.

nes militares de Calatrava, Santiago y Alcántara<sup>1</sup>, las no me-  
nos celebradas del Templo y de Montesa<sup>2</sup> guardaban en su  
historia heróicas hazañas, dignas del más alto aplauso; aquellos  
guerreros que vistiendo la cogulla y viviendo una vida de verda-  
dera abnegacion, refrenaban de continuo la pujanza sarracena en  
castillos y plazas fronterizas, no llevaban por cierto á cabo aven-  
turas tan estupendas como las atribuidas á los Roldanes y Olive-  
ros, Lanzarotes y Tristanes: ni peleaban con sierpes, dragones  
y vestiglos, ni rompian el encantamiento de reinas y princesas  
oprimidas, ni descendian al fondo de los lagos para aposentarse  
en palacios de cristal, ni obedecian ciegamente el misterioso po-  
der de talismanes y amuletos. Su enseña era el pendon de la pa-  
tria; sobre su pecho brillaba la cruz del Nazareno, y animados  
de un solo pensamiento, peleaban por la libertad de su pueblo  
contra el enemigo de su Dios, fiando en su divina proteccion y  
en el brío de sus diestras el éxito de las batallas. Dominado de  
este sentimiento, instituia el Rey Sabio la *Órden de Santa Ma-  
ría*; mas al fundar semejante religion caballeresca, no podia es-  
quivar el influjo de las ideas que iban cobrando extraordinario  
dominio en toda Europa; y quien recibia las narraciones de las  
crónicas de *Monmouth* y de *Turpin* con cierto valor histórico;  
quien se habia declarado desde su juventud paladin de la Virgen  
María, llegando al punto de infundir en sus *Cantigas* á la devo-  
cion pura y ardiente que le profesaba, cierto no sé qué de amor  
romancesco; quien á semejanza de los héroes bretones y carlo-  
wingios, tenia por bien que el caballero invocase, al entrar en  
lid, el nombre de su dama; y finalmente quien no le negaba la  
aptitud de ganar imperios y coronas, admitia, al establecer aque-  
lla singular milicia, el elemento caballeresco, que iba á tener en  
la próxima centuria mayor aplicacion aun á las mismas leyes de  
la caballeria<sup>3</sup>.

Alfonso XI creaba en 1330 la *Órden de la Vanda*: llegado  
el momento de dictar los cánones á que debia ajustarse, no sola-

1 Creadas en 1158, 1175 y 1273.

2 La primera establecida en 1118, é introducida en 1134: la segunda  
creada en 1311 por don Jaime II en sustitucion de aquella.

3 La Orden de Santa María fué estatuida de 1252 á 1260.

mente sentaba como principio y base de su fundacion que «pres-  
»ciaba Dios la orden de caballeria más que ninguna de las otras  
»órdenes, por que se deffiede la su ffé et el mundo por ella»: declarando al par que «todo el que fuere de buena uentura et se  
»touiére por caballero...., deue faser mucho por honrar la cau-  
»lleria et por la leuar adelante»<sup>1</sup>, imponia á los caballeros el  
triple deber de «ser leales á su señor et *amar lealmente á  
aquella en quien pusiesen su coraçon* et tenerse por caualleros  
más que otros *para faser más altas caballerías*»<sup>2</sup>. Preceptos  
indeclinables eran para los caballeros de la Vanda el no decir  
mentira, el no ser alabanciosos, el hablar mesurados y el abs-  
tenerse de usar palabras torpes ó malsonantes: todas estas vir-  
tudes debian subir de punto, al referirse á las damas. Deber es  
del caballero (escribia el legislador) «señaladamente que non  
»diga ningun degrauio contra ninguna dueña, nin contra nin-  
»guna donsella fijadalgo, aunque ella sea contra él, por que ay  
»algunas dellas á las veses ariscas. Et otrosy (añadia) que quan-  
»do alguna dueña ó alguna donsella fijadalgo viniese á la corte  
»del rrey á se querellar de algun desaguisado, que le hayan fe-  
»cho, que los *caballeros de la Vanda* ó cualesquier dellos que la  
»pongan ante el rrey, por que pueda mostrar su derecho. Et aun  
»si compliese, que rrasone por ella, porque aya cumplimento de  
»derecho. Et aun demas del rrasonar, que faga lo que el rrey  
»fallare con su corte que debe faser, por que ella aya todo su  
»derecho»<sup>3</sup>.

Llegaba pues á establecerse como principio aplicable á la vi-  
da práctica del caballero, aunque en el reducido círculo de aque-  
lla nueva Orden<sup>4</sup> lo que sólo existió antes en la idealizacion  
del sentimiento caballeresco, debida al arte de extrañas naciones.

1 Cód. de la Bibl. Ecur. Z. ij., 14, fól. 97 v.

2 Id. id. 98.

3 Id., id., fól. 98 v. y 99 r.

4 Los Caballeros de la Vanda, creados y armados por don Alfonso XI, fueron sólo cincuenta y siete, segun consta del catálogo que acompaña al código de sus constituciones, custodiado en la Biblioteca del Escorial. Bueno será notar que los caballeros debian ser mancebos (esto es, solteros) al recibir dicha Orden.

No apadrinando doncellas *malfadadas* que buscaban amparo y defensa por las encrucijadas de los caminos, provocando así ma-  
yores entuertos y desmanes, sino tomando bajo su tutela y salva-  
guardia las dueñas y doncellas fijasdalgo que habian recibido al-  
guna injuria y constituyéndose en sus abogados, y si menester  
lo habian, en sus paladines, iban á ejercer los de la Vanda el  
ministerio de la caballería. Mas al reducir á ley y traducir don  
Alfonso, el último, en tal manera estas ideas romancescas, nin-  
guna duda podia ya abrigarse de que tenian ganada en el ánimo  
de poderosos y discretos grande predileccion y preponderancia,  
esperando únicamente un instante favorable para tomar plaza  
en la literatura castellana.

Aquel instante supremo queda antes de ahora indicado: diez  
y ocho años de guerras y trastornos [1350 á 1368], en que llega  
á olvidarse dolorosamente el alto y noble fin á que tendia la civi-  
lizacion española, al realizar la difícil empresa de la reconquista,  
amortiguando el entusiasmo público y enervando en consecuen-  
cia el espíritu nacional, abren las puertas de la Península á la  
influencia de extrañas naciones, que muestran el temple de su  
acero, probado otras veces contra la morisma<sup>1</sup>, en el palenque  
de nuestras discordias. Favorecia las pretensiones del Bastardo  
de Trastamara, ya porque anhelase vengar las injurias de Blan-  
ca de Borbon, ya porque intentara ofrecer nuevo teatro á la ra-  
paz bravura de los aventureros que capitaneaba, el renombrado  
Beltran Du-Guesclin, caudillo acariciado por la victoria, amaes-  
trado por la experiencia y docto por demas en el arte de ganar  
amigos. Nacido en la antigua Bretaña, centro de las tradiciones  
romancescas, habia manifestado desde la primera juventud ex-  
tremada predileccion á todo linage de empresas que realizaran  
en cierto modo las ficciones del mundo de la caballería: su valor

1 Prescindiendo de otras muchas empresas, en que habian tomado no pocos guerreros ingleses y franceses la insignia del cruzado, para combatir en los ejércitos castellanos contra las falanges sarracenas, no debe olvidarse que acudieron con buen golpe de soldados al cerco de Aljeciras, por más que los rindieran las fatigas y abandonasen al rey don Alfonso antes de dar cima á tan gloriosa conquista. Como quiera, es probable que dejasen en la Península algunas más semillas caballerescas.

era prodigioso, como el de los Roldanes y Oliveros; su largueza, de príncipe; sus aspiraciones llegaban al punto de pretender que su espada decidiera de la suerte de los imperios: Castilla aparecía á sus ojos como una de aquellas regiones, creadas por la fantasía de los poetas de su patria, juzgándose tal vez el caballero *bien fadado*, en cuyas manos estaba el dar ó quitar la corona, sublimada por los Alfonsos <sup>1</sup>.

Al lado del rey don Pedro, ya una vez arrojado de sus legítimos dominios por la espada de los aventureros, se había puesto el príncipe de Gales, conocido en los fastos de la edad-media con el título de *Príncipe Negro*. Pagándose de ser espejo de caballeros, tenía por religioso deber el ejercicio de las virtudes que constituían el credo de aquella esclarecida milicia: terrible en las batallas, como afable y delicado en los salones; fuerte é inflexible con el poderoso como benéfico y magnánimo con el débil y el vencido, traía el hijo de Eduardo III frescos todavía en sus sienas los envidiados laureles de Poitiers, gloriosa jornada que rinde á sus plantas la pujanza de Juan I, con la flor de la caballería francesa. No venía, como Beltran Du-Guesclin, á derribar un trono: la hidalguía de sus sentimientos, la rectitud de sus ideas armaban su diestra en defensa del príncipe desheredado por la traicion y la fortuna, reputando cual digna empresa del caballero que había rehusado sentarse á la mesa de su prisionero el rey de Francia, la de restablecer en las sienas del rey don Pedro la diadema de sus mayores. Los nombres preclaros de Armanac, Lebrech y Lancaster, inscritos en las banderas de sus vencedoras legiones, enaltecían también aquel generoso empeño, obligándole grandemente á no mancillar los timbres, con que acababa de ennoblecerlos.

<sup>1</sup> Es digno de notarse que el nombre de Beltran Du-Guesclin adquirió, en virtud de las hazañas llevadas á cabo antes y despues de su venida á la Península Ibérica, tan alta reputacion que sólo fué comparable á los Roldanes y Oliveros. Y tanto era así, que al darse á luz el *Triunfo de los Nueve presciados de la fama*, no se creyó completo el número de los que merecían el lauro de contarse al lado de *Alejandro*, el Rey *Artús* y *Cárlomagno*, sin incluir «al famoso cauallero Beltran de Guesclin, condestable que fué de Francia y duque de Molinay». De este personaje y de los *nueve presciados* hablaremos oportunamente.

Era el suelo de Castilla el campo en que iban á chocar aquellas dos caballerescas naciones, rivales de antiguo y más que nunca encarnizadas: la batalla de Nájera, próspera para las armas inglesas, hacia al Príncipe Negro árbitro del reino: la infidelidad de Montiel, lejano ya el de Gales del territorio español, daba el trono de Alfonso XI al bastardo de Trastámara; y forzado Enrique II á colmar las esperanzas de sus ayudadores y á legitimar la deslealtad de los vasallos del rey don Pedro, que en una y otra ocasion abandonaron sus legítimos pendones, abría los tesoros de la corona para derramarlos sobre propios y extraños; y mientras se despojaba en gran manera de aquella autoridad que tantos sacrificios y sinsabores había costado á los más ilustres monarcas, engrandecía á los aventureros de Beltran du-Guesclin, halagando en parte sus instintos feudales y realizando los sueños de grandeza, que tal vez habían formado al recordar las maravillosas aventuras del mundo caballeresco. Este retroceso sensible en las vías de la política, propiamente española; este predominio dado en la corte y el Estado á la nobleza de Castilla y sobre todo á los capitanes franceses que hermanándose con los próceres españoles, tomaron asiento en la Península, debía producir naturalmente visible modificacion en el gusto y aun en las costumbres de las clases privilegiadas, inclinándolas á recibir con aplauso cuanto halaga el amor patrio de los que habían compartido con ellas las privaciones de la guerra y los peligros del campamento. Por tradicion y por respeto, por inclinacion y por orgullo formaban las obras de la literatura caballeresca las delicias de aquellos milites que veían en su propia fortuna realizadas las imaginaciones de sus antiguos poetas; y allanado por este medio el camino, cerrado hasta entonces por el sentimiento de la nacionalidad castellana, aquel arte que en el largo espacio de siglo y medio había reflejado indirecta y débilmente el mundo de la caballería, tal como lo creara la literatura britano-franca, no se receló de prestar sus formas de expresion á las ficciones de la indicada literatura, aspirando sin embargo á someterlas á las leyes que regían su propia existencia <sup>1</sup>.

<sup>1</sup> El tantas veces mencionado Mr. George Ticknor, sólo concede la introduccion de los libros de caballerías en la literatura española, durante el si-